

“*reja del arado.* ¹ Que, á ejemplo de sus ascendientes
 “mas ilustres, reconozca en nuestros Pontífices á los defen-
 “sores natos de su autoridad, á los dignos sucesores de los
 “obispos de Francia, que bajo el imperio de Enrique I ex-
 “clamaban que á los primeros pastores corresponde man-
 “dar la obediencia que se debe á los reyes: *episcoporum*
 “*est regum obedientiam precipere.* ² Animados del mismo
 “espíritu, al primer destello de una chispa de discordia to-
 “dos nuestros Pontífices han venido juntos hasta el umbral
 “de nuestros templos, y con una voz unánime han pronun-
 “ciado el anatema contra la rebelion. Reunidos hoy en el
 “santuario, bendicen al Dios de Carlo Magno y de San
 “Luis por el beneficio tan ardientemente deseado que aca-
 “ba de conceder á la Francia, dándola un nuevo retoño ³
 “de ese vástago querido que está floreciendo en el trono
 “hace ochocientos años, y que sin duda prestará siempre
 “un firme apoyo á la religion, para asegurar al pueblo de
 “este vasto imperio la felicidad del tiempo y de la eternidad.”

1 Et concident gladios suos in vomeres. Mich. cap. IV § 3.

2 Véase la coleccion de las actas del clero de Francia, Asamblea de 1682.

3 El Sr. duque de Angulema nació el 6 de Agosto de 1775.



ENSAYOS DE CRITICA.

ORATORIA SAGRADA.

ORACIONES FUNEBRES.

BOSSUET.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA ORACION FUNEBRE DE BOSSUET

EN LAS HONRAS

DE ENRIQUETA DE INGLATERRA.



I la elocuencia de los antiguos llegó á tal punto, que nos es difícil concebir un grado mas de perfeccion cuando se trata de promover con el influjo de la palabra los grandes intereses de los Estados; la elocuencia sagrada tiene un carácter de elevacion que la hace superior á la elocuencia profana. La sencillez de aquellos discursos que sin mas objeto que el de explicar la santa doctrina, están desprovistos de todas las galas de la imaginacion, tienen siempre por causa de su materia una superioridad á que no puede llegar por sí sola la razon humana. Los que van encaminados á descubrir la certeza de nuestros dogmas para rendir el orgullo de la incredulidad, ofrecen al alma una satisfaccion mas pura y mas completa que los discursos académicos donde mejor se han movido los resortes del arte. ¿Qué dirémos de esas concurrencias públicas en que un ministro del altar se constituye á la vez intérprete del Dios vivo, pintor fidelísimo del corazon humano y órgano por donde el arrepentimiento eleva sus clamores hasta el trono del soberano Juez? Todo pues en la oratoria sagrada

trasporta la imaginacion, eleva el alma y excita con viveza inexplicable el sentimiento de la virtud. Todo saca al hombre de las ideas temporales; y las pasiones que le subyugan, parecen enmudecer á los primeros acentos del sacerdote cristiano.

Sin embargo, hai un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el menor influjo sobre nosotros; si superiores á las pequeñas grandezas del mundo, las viésemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra, pudieran elevarse sin esfuerzo á la contemplacion de las cosas invisibles; ¡qué discurso mas á propósito para poseerlas exclusivamente, que el que se versara sobre los altos misterios de la Divinidad! Pero apegados en extremo á las ilusiones del mundo, y constantemente aturridos con el estrépito de la celebridad, solo podemos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer á nuestros piés el idolo que adoramos: es necesario ver bajar los reyes al sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo no ya de los hombres oscuros, sino aun de las cosas mas despreciables; es necesario ver á estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven á tomar la naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la eternidad al lado del tiempo, y á la religion sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres.

Es mucha gloria para Bossuet el que las oraciones fúnebres se eleven tanto sobre las otras producciones oratorias, así por la magnificencia del asunto, como por la majestad del tono y la sublimidad del estilo: porque él ha excedido tanto á las mismas teorías en fuerza de su ingenio, cuanto la oracion fúnebre excede en elevacion á todos los otros géneros. "Representémonos, dice el Cardenal Maury, á uno de aquellos oradores que Ciceron llama vehementes y en cierto modo trágicos; ¹ que dotados por la naturaleza de la soberanía de la palabra, se elevan sobre las reglas y los modelos, y llevan el arte á toda la altura de sus propias concepciones; un orador que con su vuelo sube hasta los cielos, de donde baja con sus pensamientos engrandecidos por la religion, para sentarse sobre los bordes de una tumba y abatir el orgullo de los príncipes y de los reyes á vista del Dios que, despues de haberlos distinguido en la tierra durante el rápi-

1 Grandis, et, ut ita dicam, tragiens orator. Brut. 203.

do momento de la vida, los restituye á su nada, confundiéndonos para siempre con el polvo de nuestro comun origen; un orador que se cria una lengua tan nueva y tan original como sus ideas, y da á sus expresiones tal carácter de energía, que creemos oírle á tiempo que leemos sus escritos, y á su estilo tal majestad de elocucion, que el idioma de que se sirve, parece cambiar de carácter y divinizarse en cierto modo bajo su pluma; un apóstol que instituye al universo llorando y celebrando á los mas ilustres de sus contemporáneos; en fin, un orador cuyos discursos animados por la inspiracion mas ardiente, mas original, mas vehemente y mas sublime, son en este género obras absolutamente aparte, obras que sin guia y sin modelos tocan á los límites de la perfeccion, obras clásicas consagradas en cierto modo por el sufragio unánime de todo el género humano, y que es preciso estudiar incesantemente, como los artistas van á Roma con el fin de formar su gusto y madurar su talento meditando las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel. ¡He aquí al Demóstenes francés! ¡He aquí á Bossuet."¹

Todas sus oraciones fúnebres tienen tanta originalidad y grandeza; sus pensamientos en ellas se alejan tanto de esa filosofía comun donde siempre descubrimos al hombre, á pesar de todos sus esfuerzos para crearse una autoridad superior á la que puede tener la condicion humana; su imaginacion predomina tanto sin salir de los mas estrechos límites de la verdad; sus narraciones son tan perfectas, su estilo tan puro, tan limpia y tan elevada su elocucion, que para dar á la juventud una obra sin modelo capaz de alimentar su admiracion á medida que perfeccionase sus conocimientos, bastaria tomar indistintamente cualquiera de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Sin embargo, en la de Enriqueta de Inglaterra nos subyuga y arropa desde el primer anuncio, pues ofrece llorar en una sola muerte la muerte y la nada de todas las grandezas. Por otra parte, sentimos un patético tan dulce en la pintura de una princesa distinguida con los encantos de la hermosura, privilegiada con las cualidades del espíritu y rarísima entre las de su sexo por las prendas del corazon, que nuestras lágrimas, que corren de tiempo en tiempo, nos van aliviando sucesivamente de aquella sensacion angustiada que en el corazon excitan los movimientos poderosos de una elocuencia soberana.

"Una triste y dolorosa memoria ha quedado unida al nom-

1 Essai sur l'éloquence de la chaire.

bre de Enriqueta de Inglaterra.¹ Era la última hija del desgraciado Carlos I, como la reina su madre había sido la última hija de Enrique IV. Las primeras miradas de esta habían visto á su padre en todo el esplendor de su gloria, pacíficamente sentado en un trono que conservaba por los derechos de la sangre y había conquistado por su valor, adorado aun de aquellos mismos que habían sido comprometido á combatir contra él, y pronto á dar leyes á la Europa por el ascendiente de la confianza ó por el terror de sus armas.”

“Ménos felices fueron los auspicios bajo que nació Enriqueta de Inglaterra: porque, despues de haber recibido la vida en medio de los campos, no había llegado á ver al rededor de su cuna sino á los enemigos mas encarnizados de su casa, ni había llegado á oír otras palabras que gritos de rabia y de furor contra los autores de sus dias. Habiendo escapado de los primeros complots, y restituida á su madre, todavía mas infeliz que ella, su infancia no había estado exenta de aquellas privaciones crueles que las condiciones mas elevadas experimentan raras veces.”

“Al través de las consideraciones y benevolencia sincera que halló en la corte, donde había venido á buscar un asilo, pudo reconocer que la compasion que se inspira, es entre todos los sentimientos el que una alma noble y activa experimenta mas dolorosamente. Habíala obligado en cierto modo una impresion tan penosa á depositar en el silencio de su corazon cuantos movimientos la oprimian; y su carácter naturalmente amigo de franquearse en el abandono de una dulce confianza, contrajo al fin una reserva opuesta con mucho á su genuina inclinacion. Mas esta noble circunspeccion era lo único sin duda capaz de mantener la dignidad del infortunio.”

“Cuando restablecida en su rango y honores por una providencia ménos severa, se vió repentinamente llamada á ocupar el segundo puesto en la primera corte de la Europa, las cualidades amables que la naturaleza le había concedido, parecieron adquirir un esplendor nuevo, como resultado de la violencia interior que largo tiempo se había impuesto ella misma.”

“Apénas Enriqueta de Inglaterra se hubo presentado bajo un nuevo título en aquella corte de Luis XIV, brillantísima entónces con todo el esplendor de un rei jóven, sensible á la gloria, lleno de grandeza, de gusto y de magnificencia, cuando vino á ser el objeto de todos los homenajes. El sen-

¹ Este rasgo biográfico está tomado en la Historia de Bossuet por Beauisset.

timiento que inspiró llegó á ser una especie de culto público: porque si bien había sido colocada en el segundo rango, tenía todo el crédito, disfrutaba todos los atractivos y aun casi podia decirse que recibia todos los honores del primero.”

“Era mui difícil á una princesa jóven, cuya inclinacion á la confianza y á la bondad no la fortalecia bastante contra el extremo de sus mismas virtudes, tener bastante imperio sobre sí, para escapar á los tiros de la censura ó de la indiscrecion. Mas de una vez vinieron las nubes á eclipsar aquellos dias de fiesta y de placer, y las borrascas interiores de su palacio la hicieron suspirar frecuentemente por los tiempos infaustos en que el abatimiento mismo de su casa había siquiera preservado á su infancia de esos pesares domésticos que por ventura son los mas difíciles de soportar.”

“Tal era la disposicion de esta princesa, cuando oyó la voz de Bossuet invocar con el acento mas religioso los manes de su madre. En medio de las seducciones de que se había visto rodeada, un sentimiento natural de bondad había defendido á su alma de aquella indiferencia que cierra el oido á los consejos de la virtud cuando esta en fin hace escuchar su voz en el silencio de las pasiones. Las penas y las contradicciones, que tan frecuentemente venian á corromper la prosperidad que al parecer disfrutaba, la habían impuesto á buscar en la religion los consuelos que el mundo era incapaz de proporcionarla. Una inspiracion feliz excitada por la impresion que las palabras de Bossuet habían dejado en el fondo de su alma la determinaron á poner toda su confianza en él. Acababa de mostrarle en la historia misma de los autores de sus dias los mas alarmantes ejemplos de la inestabilidad de todas las grandezas de la tierra. A la voz de Bossuet, la religion descendió al corazon de Enriqueta de Inglaterra; y el primer beneficio que vino á concederle fué aquella calma, aquella satisfaccion íntima que había perdido hacia mui largo tiempo.”

“Mientras guardaba en un corazon, nacido para la virtud, estas inclinaciones felices que el mundo y sus vanidades habían podido extraviar, pero no corromper, vino la política un instante á disputar esta princesa al ascendiente de Bossuet.”

“Enriqueta de Inglaterra vino repentinamente á ser el resorte secreto de una negociacion en la cual estaba interesada la suerte de todo un pueblo: dos grandes reyes confiaron á la discrecion de una princesa, que apénas contaba los veintiseis años de su edad, las vastas combinaciones de un plan que el misterio mas profundo debía cubrir aun con sus velos, y que no debía estallar, sino para hacer desaparecer del ran-

go de las naciones á una nacion que habia conquistado su libertad con cien años de combates, de industria y de prudencia. El éxito mas feliz habia coronado sus empeñadas tareas; y en medio todavía de las brillantes fiestas que habian señalado á todos los lugares de su tránsito, estrechó los vínculos de una alianza que iba á sorprender á la Europa y á condenarla ó á un silencio impotente, ó á una desesperacion terrible. Enriqueta de Inglaterra volvia triunfante; y abandonándose tal vez con una complacencia excesiva á esta prosperidad nueva, iba á precipitarse en la gloria."

"Entre los honores y encantos de los mas brillantes destinos, la muerte vino súbitamente á herir á esta gran victima." ¿Quién es capaz de figurarse á Bossuet en esta situacion tan dolorosa y al mismo tiempo inesperada? Confidente por la religion, de todos los secretos de su alma en los tiempos mas brillantes de su gloria, fué tambien el que fijo en su lecho fúnebre descubrió los cielos á sus ojos moribundos, y derramó juntamente en su pecho todos los consuelos de la religion y toda la ternura de que es capaz la elocuencia para disminuir el espanto de la muerte. No estaban cumplidos aún diez meses desde que habia pronunciado el elogio fúnebre de la reina de Inglaterra, cuando un suceso igual le arrastraba al templo á ofrecer este triste homenaje á la princesa su hija. ¿Qué revolucion tan extraña de ideas no debió levantarse luego en su espíritu! Es triste ver al hombre bajar al sepulcro; terrible, cuando este último tránsito va precedido de toda la magnificencia que puede disfrutarse en el curso de la vida: ¿qué dirémos pues, cuando estos acontecimientos fúnebres se suceden con tanta impetuosidad, y cuando vemos sepultarse á un mismo tiempo las gracias de la juventud, el objeto de la celebridad y esperanzas de un reino! ¿Ah! Bossuet penetra en el templo, y cual si Dios le hubiese condecorado ya con el título de mensajero suyo en la muerte de los grandes, sube á la cátedra cristiana.... fija sus ojos en el aparato fúnebre...., los vuelve á su interior para repasar allí mil memorias profundas en las que se confunden á cada paso el entusiasmo de la alegría y el grito del dolor...., recuerda que no ha discurrido un año desde que fué llamado al templo por una muerte igualmente ilustre...., su corazon se siente sobremanera oprimido...., ábranse sus labios y pronuncian aquellas palabras que la ciencia divina dictó al mas poderoso, al mas magnífico y al mas sabio de todos los reyes.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.
Ecles. Cap. I, v. II.

"Yo estaba pues destinado á ofrecer este homenaje fúnebre á la mui alta y mui poderosa princesa *Enriqueta Anna de Inglaterra, duquesa de Orleans*. Aquella á quien yo habia visto tan atenta, cuando estaba tributando este mismo deber á la reina su madre, ¿habia de venir tan pronto á ser el asunto de un discurso semejante, y mi triste voz estaba reservada para este deplorable ministerio! ¿Oh vanidad! ¿Oh nada! ¿Oh mortales ignorantes de sus destinos! ¿Lo hubiera ella creído hace diez meses! ¿Y vosotros, señores, hubiérais imaginado, cuando la visteis derramar tantas lágrimas en este lugar, que tan pronto habia de juntaros en el propio sitio para llorarla á ella misma! Princesa, digno objeto de la admiracion de dos grandes reinos, ¿no era bastante que la Inglaterra llorase vuestra ausencia, sino que habia de verse aun reducida á llorar vuestra muerte! Y la Francia, que os volvió á ver con tanta alegría, rodeada de nuevo esplendor, al regreso de aquel viage famoso de donde volvísteis cargada de tanta gloria y de tan bellas esperanzas, ¿no tenia otra pompa, ni otros triunfos que ofreceros! ¿Vanidad de vanidades, y todo vanidad! Esta es la sola palabra que me resta; esta es la única reflexion que me permite, en un accidente tan extraño, tan justo y sensible dolor. No he recorrido pues los libros santos para escoger en ellos algun texto que aplicar á esta princesa: he tomado sin estudio y sin eleccion las primeras palabras que presenta el *Eclesiastés*; pues aunque haya sido aquí tan frecuentemente nombrada la vanidad, no lo es todavía bastante á mi juicio, para el designio que me propongo. Yo quiero deplorar en una sola desgracia todas las calamidades del género humano, y hacer ver en una sola muerte la muerte y la nada de todas las grandezas humanas. Este texto, que conviene á todos los estados y á todas las situaciones de la vida, viene á ser, por una razon particular, propio de mi lamentable asunto; porque jamas han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente descubiertas ni tan altamente confundidas. No: despues de lo que acabamos de ver, la salud no es mas que un nombre, la vida no es mas que un sueño, la gloria no es mas que una apariencia, los placeres y las gracias no son mas que un peligroso recreo: todo es

“vano en nosotros excepto la sincera confesion que ante Dios hacemos de nuestras vanidades, y el juicio severo que nos hace despreciar todo lo que somos.”

“Pero, ¡digo la verdad! ¡El hombre, á quien Dios hizo á su imagen, no es mas que una sombra! ¡Lo que Jesucristo vino á buscar del cielo á la tierra, lo que ha creído poder adquirir á costa de su sangre, sin envilecerse, no es mas que una nada! Reconozcamos nuestro error. Sin duda que este triste espectáculo de las vanidades humanas nos penetra de espanto, y la esperanza pública repentinamente frustrada por la muerte de esta princesa nos lleva mas lejos todavia. No permitamos al hombre que se desprecie todo entero: no sea que, creyendo con los impíos que nuestra vida no es mas que un juego en que reina la casualidad, marche sin regla y sin guia al capricho de sus ciegos deseos. He aquí la razon porqué el Eclesiastés, despues de haber comenzado su divina obra por las palabras que he referido, y despues de haber llenado sus páginas todas con el desprecio de las cosas humanas; quiere al fin mostrar en el hombre alguna cosa mas sólida, y concluye su discurso, diciendo: “Teme á Dios y guarda sus preceptos, porque esto es todo el hombre: sabe que el Señor examinará en su juicio todo el bien y el mal que hayamos hecho.”¹ Todo es pues vano en el hombre, si atendemos á lo que da al mundo; mas al contrario, todo es importante, si consideramos lo que debe á Dios. Adelantemos aun mas estas ideas: todo es vano en el hombre, si miramos el curso de su vida mortal; mas todo es importante, todo es precioso, si contemplamos el término en que ella se detiene y la cuenta que tenemos necesidad de rendir. Meditemos pues hoi á la vista de ese altar y de ese sepulcro la primera y última palabra del Eclesiastés: la una que muestra la nada del hombre, la otra que establece su grandeza.² Que ese sepulcro nos convenza de

¹ *Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo; et cuncta que sunt adducet Deus in judicium, pro omni errato, sive bonum, sive malum illud sit.* Ecl. cap. XII, vv 13 y 14.

² Dios, la religion, un altar, unos sepulcros, todos estos vastos asuntos de meditacion, que exaltan y humillan la imaginacion de los demas hombres, parecen ser el señorío de Bossuet y la patria de su genio. Se sabe que con su ayuda respira con mas diafanidad á la altura en que se le coloca ese gran espectáculo del tiempo y de la eternidad, y desde esta altura es desde la que considera á los reyes, á los tronos y á todas las grandezas de la tierra, como colocadas bajo la mano de Dios, para servir de

“nuestra nada con tal que ese altar, en que se ofrece todos los dias por nosotros una victima de tan grande precio, nos enseñe al mismo tiempo nuestra dignidad. La princesa que lloramos será un testigo fiel de uno y otro: veamos lo que una muerte repentina le ha arrebatado; veamos lo que una santa muerte le ha concedido. Asi aprenderemos á despreciar lo que ha dejado ella sin pena, á fin de consagrar toda nuestra estimacion á lo que abrazó con un ardor tan grande, cuando su alma depurada ya de todos los sentimientos de la tierra, y llena del cielo, á donde ya tocaba, vió la luz manifiesta en su totalidad. He aquí las verdades que voi á tratar; y que he creído dignas de ser propuestas á tan gran príncipe y al concurso mas ilustre del universo.”

Dejemos á un lado la elevacion que reina en toda esta parte del discurso, esa majestad que se siente desde que empezamos á recorrer las primeras líneas, ese pensamiento sublime y cuya noble osadía luego nos descubre al genio inspirado por la religion, este solemne anuncio de que van á llorar en una sola muerte todas las calamidades del género humano. Primorosos á la verdad son estos caracteres; pero ellos brillan por toda la serie del discurso, y nos darán ocasion de ponderarlos dignamente en aquellos pasajes donde aparezcan mas dominantes. Hai en esta introduccion tres cosas muy dignas de notarse, para estimarla en todo el grado de su perfecta regularidad.

El texto que ha escogido el orador es doblemente comun, ya porque puede reputarse como el ménos circunscrito para una oracion determinada, ya porque apenas hai cosa mas repetida hasta por las gentes del vulgo. Sin embargo, el genio, depositario de innumerables recursos, jamas llega á apoderarse de una idea, por comun y familiar que se suponga, sin que trate de adaptarla maravillosamente á sus creaciones. Bossuet nos advierte que sin eleccion y sin estudio ha tomado las primeras palabras que le ofreció el Eclesiastés; no se olvida de que el concepto que encierran, es universalmente repetido; pero dice con firmeza no haberlo sido bastante á su propósito, porque nunca han sido las vanidades de la tierra *ni tan claramente descubiertas ni tan altamente confundidas*. Despues de esto, ¡quién osaría proponer otro pasaje de la Escritura para sustituirle al profundo y melancólico pen-

simples testimonios de todo su poder, cuando juzga á propósito abatirlos, anonadarlos y hacerlos desaparecer como la paja ligera llevada por el viento. (*El Cardenal de Bausset.*)

samiento de Salomón! Veamos pues ya convertido en propio y característico lo que mas comun y vago nos parecia.

Las reflexiones con que se abre el exordio están tomadas de unas circunstancias tan inmediatas y al mismo tiempo singulares, tan sorprendentes y terribles á la vez, y están presentadas con un aire de enagenamiento tan extraño, tan triste y al mismo tiempo tan natural, que nada podia imaginarse mas á propósito para derramar la consternacion por el auditorio, la cual en las oraciones fúnebres es el modo con que se insinúa la atencion y la docilidad. ¿Qué contraste tan opresivo para el alma, el de un Pontífice venerable animado con toda la fuerza que comunica la religion, reservado á pesar de encontrarse mui adelantado en la carrera de la vida, para llorar, á nombre de toda la nacion y con la autoridad de la palabra evangélica, la muerte de una princesa rodeada de tanta gloria y cuando no se habia marchitado aun en su rostro ni una sola de las flores que anuncian la primavera de la vida! Acaba de enumerar estas circunstancias, y exclama: ¡oh vanidad, oh nada! Pondera con su auditorio lo inopinado del acontecimiento, apostrofa con grave ternura á su jóven heroína; y despues de manifestar á la Inglaterra viéndose reducida á llorar no solo la ausencia sino la muerte de Enriqueta, y á la Francia ofreciéndole al cabo de un viage tan ilustre por única recompensa el aparato fúnebre que decoraba su féretro, vuelve á exclamar profundamente: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! Estas exclamaciones que se van presentando despues de ciertos pensamientos, cada uno de los cuales comprende la elevacion y la caida, se asemejan á los pausados y profundos lamentos del dolor, son la expresion mas viva del desconsuelo, y la imágen mas fiel de un religioso desengaño. Cuando hacemos la pintura de la gloria mundana, el entusiasmo se apodera de nosotros en tal extremo, que nos vemos tentados de divinizar al héroe; pero cuando adelantando un paso, la vemos precipitarse desde su inmensa altura y disiparse á nuestra vista como un débil meteoro, se apodera luego de nuestro corazon una triste languidez, que ya no nos permite decir otra palabra, sino la que descubre mas altamente el efecto que ha producido en nosotros la luz de la verdad. Entónces vienen las reflexiones mas serias, entónces sentimos que renace en el alma el imperio de la razon: no queremos ya dar crédito al falso brillo de la celebridad; y abandonados á nuestras propias ideas, nuestra imaginacion confunde la grandeza con la nada, y nuestros labios se abren de tiempo en tiempo para decir que *todo es vanidad.*

Pero ¿cuánto mas no brilla el talento del orador al corregirse de la generalidad con que ha pintado la vanidad del hombre! No todo es despreciable, no todo es vano, no todo perece. Hai un principio noble dentro de nosotros que proclama nuestros destinos inmortales, que recuerda la nobleza de nuestro origen, que descubre nuestra elevacion y sanciona nuestra grandeza. Si por una parte nos confundimos con el polvo; por otra podemos levantarnos hasta la esfera infinita en que reside la Divinidad. Esta finísima correccion, por donde se abre campo Bossuet á fijar el otro punto de su discurso, sorprende sobremanera en medio de su incomparable naturalidad, circunscribe mejor el texto, y da el último golpe de perfeccion á un exordio el mas adecuado para mostrar el verdadero talento oratorio, que tan noblemente se anuncia desde que presenta el rico y fecundo plan que ha sabido concebir. Tales son las cualidades que notamos con gusto en este exordio, el cual debe proponerse como un perfecto dechado á cuantos intentan formarse en la oratoria no solo con las buenas teorías sino tambien con los ejemplos mas escogidos.

PRIMERA PARTE.

“Todos morimos, decia aquella mujer, cuya prudencia alaba la Escritura en el segundo libro de los reyes, y vamos sin cesar al sepulcro, así como las aguas que se pierden sin vuelta.”¹ He aquí un texto mui significativo que mag-

1 Hai muchas razones para compararnos á las aguas corrientes, como lo hace la Escritura Santa. Porque de la misma manera, que aun cuando aparece cualquier desigualdad en el curso de los rios que riegan la superficie de la tierra, todos tienen de comun que emanan de un mismo origen, que en el progreso de su curso bajan rodando sus olas por un descenso continuo, y que por último, pierden sus nombres con sus aguas en el seno inmenso del Océano, donde no se distinguen ni el Rhin ni el Danubio, ni otros rios de gran nombre, con los de las riberas mas desconocidas, así los hombres todos comienzan por las mismas enfermedades. En el progreso de su edad, su vida va dando vuelta y descendiendo sin cesar á la muerte por su pesantez natural, y en fin, despues de haber hecho como los rios, un poco de ruido los unos mas que los otros, van todos á confundirse en el